

La oscuridad de los sueños



La oscuridad de los sueños

Michael Connelly

Traducción de Javier Guerrero

Rocaeditorial

A James Crumley por *El último buen beso*

1

La granja

Carver paseaba por la sala de control, vigilando el frente de las cuarenta. Las torres se extendían ante él en filas bien definidas. Zumbaban de un modo tan silencioso y eficiente que incluso con todo lo que sabía, no pudo por menos que maravillarse ante lo que la tecnología había forjado. Tanto en tan poco espacio. No era un simple reguero de datos, sino un torrente desbocado de información que fluía a su lado día tras día y crecía delante de él en altos tallos de acero. Lo único que tenía que hacer era estirar la mano, mirar y elegir. Era como cribar oro.

11

Pero más fácil.

Comprobó los indicadores de temperatura situados en el techo. Todo funcionaba a la perfección en la sala de los servidores. Bajó la mirada a las pantallas de las estaciones de trabajo que tenía delante. Sus tres ingenieros trabajaban al alimón en el proyecto actual: un intento de intrusión desbaratado por el talento y el ingenio de Carver. Era el momento de ajustar cuentas.

El aspirante a intruso no había logrado franquear los muros de la granja, pero había dejado sus huellas por doquier. Carver sonrió al observar a sus hombres recuperando las migas de pan, localizando la dirección IP a través de los nodos de tráfico de datos en una persecución a alta velocidad que los llevaría al origen. Pronto sabría quién era su oponente, para qué empresa trabajaba, qué había estado buscando y cuál era el beneficio que esperaba obtener. Y se vengaría de un modo que dejaría al desventurado rival apabullado y destruido. Carver no mostraba misericordia. Jamás.

Desde el techo sonó el zumbido de alerta de la puerta de seguridad.

—Pantallas —dijo Carver.

Los tres jóvenes que ocupaban las estaciones de trabajo teclearon una serie de órdenes al unísono para esconder su actividad a los visitantes. Se abrió la puerta de la sala de control y McGinnis entró con un hombre trajeado al que Carver nunca había visto.

—Esta es nuestra sala de control y a través de esas ventanas puede ver lo que llamamos el «frente de las cuarenta» —dijo McGinnis—. Todos nuestros servicios de alojamiento web, lo que llamamos *hosting*, se concentran aquí; es donde se guardarían los datos de su empresa. Contamos con cuarenta torres que albergan casi mil servidores dedicados a ello. Y, por supuesto, hay sitio para más: nunca nos quedaremos sin espacio.

El hombre trajeado asintió con ademán reflexivo.

—No me preocupa el espacio. Nuestra preocupación es la seguridad.

12 —Sí, por eso hemos entrado en esta sala. Quería presentarle a Wesley Carver; se ocupa de varias cosas por aquí. Es nuestro jefe de tecnología, así como nuestro mejor experto en control de amenazas y el diseñador del centro de datos. Él le dirá todo lo que necesite saber sobre seguridad de *hosting*.

Otro numerito para impresionar al cliente. Carver estrechó la mano del hombre trajeado, al que le presentaron como David Wyeth, del bufete de abogados Mercer & Gissal de Saint Louis. Sonaba a camisas blancas almidonadas y americanas de mezclilla. Carver se fijó en que Wyeth tenía una mancha de salsa barbacoa en la corbata. Cuando llegaban a la ciudad, McGinnis los llevaba a comer a Rosie's Barbecue.

Carver representó su número de memoria, explicando a Wyeth todos los detalles y diciendo todo lo que aquel abogado de clase alta quería oír. Wyeth estaba en una misión de barbacoa y *due diligence*; volvería a Saint Louis e informaría de lo mucho que le habían impresionado. Les diría que ese era el camino que debían seguir si el bufete quería mantenerse al día con las nuevas tecnologías y los tiempos cambiantes.

Y McGinnis conseguiría otro contrato.

Mientras hablaba, Carver no dejaba de pensar en el intruso

al que habían estado persiguiendo; no podía imaginarse la que se le venía encima. Carver y sus jóvenes discípulos vaciarían sus cuentas bancarias personales, adoptarían su identidad y ocultarían fotos de hombres manteniendo relaciones sexuales con niños de ocho años en su ordenador del trabajo. Luego él lo estropearía con un virus y, cuando el intruso no pudiera arreglar el ordenador, llamaría a un experto. Se encontrarían las fotos y avisarían a la policía.

El intruso no volvería a ser una preocupación. Otra amenaza mantenida a raya por el Espantapájaros.

—¿Wesley? —dijo McGinnis.

Carver salió de su ensueño. El hombre trajeado había hecho una pregunta. Carver ya había olvidado su nombre.

—¿Disculpe?

—El señor Wyeth ha preguntado si alguna vez han accedido al centro de datos.

McGinnis estaba sonriendo, porque ya conocía la respuesta.

—No, señor, nunca han entrado en el sistema. Para ser sincero, ha habido algunos intentos. Pero han fracasado, con consecuencias desastrosas para aquellos que lo intentaron.

El hombre del traje sonrió sombríamente.

—Representamos a la flor y nata de Saint Louis —explicó—. La integridad de nuestros archivos y de nuestra lista de clientes es capital para todo lo que hacemos. Por eso estoy aquí en persona.

«Por eso y por el club de *strippers* al que te llevará McGinnis», pensó Carver, aunque no lo dijo. Se limitó a sonreír, pero no había calidez alguna en su sonrisa. Estaba contento de que McGinnis le hubiera recordado el nombre del hombre del traje.

—No se preocupe, señor Wyeth —dijo—. Sus cosechas estarán a salvo en esta granja.

Wyeth le devolvió la sonrisa.

—Es lo que quería oír —dijo.

2

El Ataúd de Terciopelo

*T*odos los ojos de la redacción me siguieron cuando salí de la oficina de Kramer y volví a mi cubículo. Las prolongadas miradas hicieron que el camino fuese muy largo. Siempre repartían las rosas los viernes y todos sabían que acababan de dármela; si bien las cartas de despido ya no iban en papeles de color rosado. Ahora era un formulario RP: reestructuración de plantilla.

Todos sintieron un leve cosquilleo de alivio porque no les había tocado a ellos y un leve cosquilleo de ansiedad porque sabían que nadie estaba a salvo todavía. Cualquiera podía ser el siguiente.

17

Rehuí todas las miradas al pasar bajo el cartel de la sección de Metropolitano para dirigirme de nuevo a los cubículos. Entré en el mío y me senté para desaparecer del campo visual de la redacción como un soldado que se lanza a una trinchera.

Inmediatamente sonó mi teléfono. En la pantalla vi que llamaba mi amigo Larry Bernard. Solo estaba a dos cubículos de distancia, pero sabía que venir a verme en persona habría sido una clara señal para que otros periodistas de la sala de redacción se reunieran en torno a mí y preguntaran lo obvio. Los periodistas trabajan mejor en manada.

Me puse los cascos y contesté la llamada.

—Hola, Jack —dijo.

—Hola, Larry —respondí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué quería el Embutidor?

Usó el apodo que le habían puesto al subdirector Richard

Kramer años atrás, cuando era un secretario de redacción más preocupado por la cantidad que por la calidad de las noticias que solicitaba a sus periodistas. Desde entonces le habían inventado varios apodos más.

—Ya sabes lo que quería. Me ha dado el preaviso; me echan.

—Me cago en la hostia, te han dado la rosa.

—Exacto. Pero recuerda que ahora lo llamamos «separación involuntaria».

—¿Te has de marchar ahora mismo? Te ayudaré.

—No, tengo dos semanas. El 22 de mayo seré historia.

—¿Dos semanas? ¿Por qué dos semanas?

La mayoría de las víctimas de la reestructuración tenían que marcharse de inmediato. La decisión se había tomado después de que uno de los primeros receptores del preaviso de despido se quedara durante el período remunerado. Todos y cada uno de sus últimos días, la gente lo veía en la oficina con una pelota de tenis: botándola, lanzándola, apretándola. No se dieron cuenta de que cada día era una pelota diferente, que lanzaba después al inodoro de caballeros. Alrededor de una semana después de que se marchara, las cañerías refluyeron con consecuencias devastadoras.

—Me han ofrecido unos días más si accedía a preparar a mi sustituta.

Larry se quedó un momento en silencio mientras consideraba la humillación que suponía tener que enseñar a tu propio sucesor. Sin embargo, para mí, dos semanas de salario eran dos semanas de salario que perdería si no aceptaba la oferta. Y además, me daría el tiempo suficiente para despedirme apropiadamente de aquellos que lo merecían tanto en la sala de redacción como en la calle. Consideré que la alternativa de llenar una caja con mis pertenencias personales y que me acompañara a la puerta un guardia de seguridad era aún más humillante. Estaba seguro de que me controlarían para asegurarse de que no llevaba pelotas de tenis al trabajo, pero no tenían de qué preocuparse. Ese no era mi estilo.

—¿Y ya está? ¿No te ha dicho nada más? ¿Dos semanas y te vas?

—Me ha dado la mano y me ha soltado que era un tipo atractivo, que debería probar en la tele.

—Oh, tío. Vamos a emborracharnos esta noche.

—Yo sí, desde luego.

—Joder, no es justo.

—El mundo no es justo, Larry.

—¿Quién es tu sustituta? ¿Al menos es alguien que sabrá que está a salvo?

—Angela Cook.

—Me lo imaginaba. A los polis les va a encantar.

Larry era amigo mío, pero no me apetecía hablar de todo eso con él en ese momento: necesitaba sopesar mis opciones. Me enderecé en la silla y miré por encima de las mamparas de metro veinte del cubículo. Todavía no veía a nadie observándome. Miré hacia la fila de paredes de cristal de las oficinas de los jefes de sección. La de Kramer hacía esquina y él estaba de pie detrás del cristal mirando a la sala de redacción. Cuando establecimos contacto visual, Kramer desvió enseguida la mirada.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Larry.

—No lo he pensado, pero voy a hacerlo ahora mismo. ¿Adónde quieres ir, al Big Wang's o al Short Stop?

—Al Short Stop. Anoche estuve en el Wang's.

—Nos vemos allí, pues.

Estaba a punto de colgar cuando Larry me espetó una última pregunta.

—Una cosa más. ¿Ha dicho qué número eras?

Por supuesto, quería saber cuáles eran sus propias posibilidades de sobrevivir a esa última sangría de personal.

—Cuando he entrado, ha empezado a hablar de que casi lo había conseguido y de lo difícil que resultaba tomar las decisiones finales. Ha dicho que yo era el noventa y nueve.

Dos meses antes, el periódico había anunciado que cien empleados serían eliminados de la plantilla editorial a fin de reducir costes y hacer felices a nuestros dioses empresariales. Dejé que Larry pensara un momento quién podría ser el número cien, mientras yo volvía a mirar a la oficina de Kramer. Todavía estaba tras el cristal.

—Y te aconsejo que no asomes la cabeza, Larry. El verdugo está ahora mismo de pie junto al cristal buscando al número cien.

Pulsé el botón de colgar, pero continué con los cascos puestas. Con suerte eso desalentaría al personal de la redacción de

acercarse a mí. No me cabía duda de que Larry Bernard empezaría a contar a otros periodistas que me habían separado involuntariamente y estos vendrían a compadecerme. Tenía que concentrarme en terminar un breve sobre la detención realizada por la División de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles de un sospechoso en un caso de asesinato por encargo. Luego podría desaparecer de la redacción y dirigirme al bar para brindar por el final de mi carrera en el periodismo diario. Porque en eso se resumía todo: no había ningún periódico en el mercado para un reportero de sucesos policiales de más de cuarenta años. Y menos cuando tenían una lista interminable de mano de obra barata: periodistas pipiolos como Angela Cook, recién salidos cada año de la Universidad del Sur de California, de Medill y de Columbia, todos ellos con un buen bagaje de conocimientos tecnológicos y dispuestos a trabajar por casi nada. Igual que ocurría con el periódico en papel y tinta, mi tiempo había acabado. Ahora se trataba de Internet; de actualizaciones horarias en las ediciones en línea y en los blogs; de conexiones de televisión y actualizaciones en Twitter; de escribir los artículos con el móvil en lugar de usar el teléfono para llamar a edición. El periódico matinal podría llamarse el *Diario de ayer*. Todo lo que contenía estaba colgado en la red la noche anterior.

El timbre del teléfono sonó en los cascos y supuse que sería mi exmujer, quien ya se habría enterado de la noticia en la redacción de Washington, pero la identificación de llamada decía VELVET COFFIN, el Ataúd de Terciopelo. Tuve que admitir que estaba asombrado: sabía que Larry no podía haber hecho correr la voz tan deprisa. En contra del sentido común, atendí la llamada. Como era de esperar, quien llamaba era Don Goodwin, autodesignado perro guardián y cronista del funcionamiento interno del *L. A. Times*.

—Acabo de enterarme —dijo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Cómo? Yo lo sé desde hace menos de cinco minutos.

—Vamos, Jack, sabes que no puedo revelarlo, pero tengo la redacción pinchada. Acabas de salir de la oficina de Kramer y estás en la lista de los treinta.

La lista de los treinta era una referencia a las bajas que se habían producido a lo largo de los años con el proceso de reducción. Treinta era el código del periódico que significaba «fin del artículo». El propio Goodwin figuraba en la lista; había trabajado en el *Times* e iba lanzado como redactor hasta que un cambio de propietario provocó un golpe de timón en la filosofía financiera. Cuando se opuso a hacer más con menos, le cortaron las alas y terminó aceptando una de las primeras indemnizaciones que se ofrecieron. Eso fue cuando todavía daban indemnizaciones sustanciales a aquellos que abandonaban la empresa de manera voluntaria, antes de que la compañía propietaria del *Times* se acogiera a la regulación de empleo por causas económicas.

Goodwin cogió el dinero y creó un sitio web y un blog que se ocupaban de todo lo que se movía dentro del *Times*. Lo llamaba el Ataúd de Terciopelo, a modo de adusto recordatorio de lo que había sido el periódico: un lugar tan agradable para trabajar que podías meterte dentro y quedarte allí hasta la muerte. Con los constantes cambios en la propiedad y la gestión, y las persistentes reducciones de personal y presupuesto, el periódico se estaba pareciendo más a un cajón de pino. Y Goodwin estaba allí para hacer una crónica de cada paso y traspíe de la caída.

Su blog se actualizaba casi a diario y en la redacción todos lo leían en secreto y con avidez. No estaba seguro de que le importara a la mayor parte del mundo que habitaba detrás de las gruesas paredes del edificio de Spring Street. El *Times* iba por el mismo camino que el conjunto del periodismo, y eso no era noticia. Incluso en el glorioso *New York Times* se sentían los apuros causados por el cambio a una sociedad que buscaba en Internet noticias y publicidad. Lo que escribía Goodwill y aquello por lo que me estaba llamando no significaba mucho más que un reordenamiento de sillas en la cubierta del *Titanic*.

Y al cabo de otras dos semanas tampoco me importaría a mí. Yo ya estaba pasando página y pensando en la novela empezada de manera un poco tosca que tenía en mi ordenador. Iba a ponerme con ella en cuanto llegara a casa. Sabía que podía exprimir mis ahorros durante al menos seis meses y después, si lo necesitaba, podría vivir de una hipoteca inversa; es decir,

del valor que le quedara a la casa después de la reciente caída de precios. También podía cambiarme el coche por uno más pequeño y ahorrar gasolina comprando una de esas latas de sardinas híbridas que llevaba todo el mundo en la ciudad.

Ya estaba empezando a contemplar mi despido como una oportunidad. En lo más hondo, todo periodista desea ser novelista: es la diferencia entre el arte y el oficio. Todo escritor quiere que lo consideren un artista, y yo iba a intentarlo. La media novela que tenía esperando en casa —la trama de la cual ni siquiera podía recordar del todo— era mi trampolín.

—¿Te vas hoy? —preguntó Goodwin.

—No, tengo un par de semanas si preparo a mi sustituta. He accedido.

—Joder, qué gente más noble. ¿Ya no le dejan a nadie mantener la dignidad?

—Mira, es mejor que irse hoy con una caja de cartón. Dos semanas de paga son dos semanas de paga.

—Pero ¿te parece justo? ¿Cuánto tiempo llevas ahí? Seis, siete años, ¿y te dan dos semanas?

22

Estaba tratando de sonsacarme una cita jugosa. Yo era periodista y sabía cómo funcionaba. Goodwin quería un comentario iracundo que pudiera poner en el blog, pero yo no iba a morder el anzuelo. Le dije que no tenía más comentarios para el Ataúd de Terciopelo, al menos hasta que me marchara definitivamente. No le satisfizo la respuesta y trató de sacarme un comentario hasta que oí el pitido de llamada en espera. Miré el identificador de llamada y vi xxxxx en la pantalla. Eso significaba que la llamada venía de la centralita y no de alguien que tuviera mi número directo. Lorene, la telefonista de la redacción a la que veía de servicio en la cabina, podría haber dicho que estaba comunicando, así que su decisión de poner la llamada en espera en lugar de anotar el mensaje solo podía significar que quien llamaba la había convencido de que se trataba de algo importante.

Corté a Goodwin.

—Mira, Don, no voy a hacer comentarios y he de colgar. Tengo otra llamada.

Pulsé el botón antes de que él hiciera un tercer intento para que comentara mi situación laboral.

—Soy Jack McEvoy —dije después de colgar.

Silencio.

—Hola, soy Jack McEvoy. ¿En qué puedo ayudarle?

Llámenme tendencioso, pero inmediatamente identifiqué a la persona que llamaba como mujer, negra y sin educación.

—¿McEvoy? ¿Cuándo va a decir la verdad, McEvoy?

—¿Quién es?

—Está contando mentiras en su periódico, McEvoy.

«Ojalá fuera mi periódico», pensé.

—Señora, si quiere decirme quién es y cuál es su queja, la escucharé, de lo contrario voy a...

—Ahora dicen que Mizo es adulto, ¿de qué coño van? No ha matado a ninguna puta.

Inmediatamente supe que era una de esas llamadas que están de parte del inocente: una madre o novia que tenía que decirme lo equivocado que estaba mi artículo. Las recibía siempre, pero no lo haría durante mucho tiempo más. Me resigné a manejarla de la manera más rápida y educada posible.

—¿Quién es Mizo?

—Zo. Mi Zo. Mi hijo Alonzo. No es culpable de nada y no es adulto.

Sabía que eso era lo que iba a decir. Nunca son culpables. Nadie te llama para decirte que tienes razón o que la policía la tiene y que su marido o su novio es culpable de las acusaciones. Nadie te llama desde la prisión para reconocer que lo hizo: todo el mundo es inocente. Lo único que no entendía de la llamada era el nombre. No había escrito ni una línea sobre alguien que se llamara Alonzo; lo recordaría.

—Señora, ¿no se equivoca de persona? Creo que no he escrito nada sobre Alonzo.

—Y tanto que sí, sale su nombre. Dijo que la metió en el maletero y eso es una mentira asquerosa.

Entonces lo comprendí. La víctima hallada en el maletero de un coche la semana anterior. Era un breve de ciento cincuenta palabras, porque a nadie de la sección le había interesado demasiado. Camello menor de edad estrangula a una de sus clientas y mete el cadáver en el maletero del coche de la propia víctima. Era un crimen de negro contra blanca, pero en la sección siguió sin importar nada porque la víctima era una drogadicta. El pe-

riódico la marginaba a ella tanto como a su asesino. Si te vas a South L.A. a comprar heroína o crack y pasa lo que pasa, no conseguirás que la Dama Gris de la calle Spring —como llamamos al periódico entre nosotros— se compadezca; no hay mucho espacio para eso en el periódico. Una columna de quince centímetros en el interior es lo que vales y lo que consigues.

Me di cuenta de que no conocía el nombre de Alonzo, porque para empezar nunca me lo habían dado. El sospechoso tenía dieciséis años y la policía no proporcionaba la identidad de los menores detenidos.

Pasé las pilas de periódicos que tenía a la derecha de mi mesa hasta que encontré la sección metropolitana de hacía dos martes. La abrí por la página cuatro y eché un vistazo al artículo. No era lo bastante grande para ir firmado bajo el título, pero la redacción había puesto mi nombre al pie. De lo contrario, no habría recibido la llamada. Qué suerte la mía.

—Alonzo es su hijo —dije—. Y lo detuvieron hace dos domingos por el asesinato de Denise Babbit, ¿es correcto?

—Le he dicho que es una puta mentira.

24

—Sí, pero es el artículo del que está hablando, ¿no?

—Sí. ¿Cuándo va a contar la verdad?

—La verdad es que su hijo es inocente.

—Eso es. Se ha equivocado y ahora dicen que lo van a juzgar como a un adulto, aunque solo tiene dieciséis años. ¿Cómo pueden hacerle eso a un crío?

—¿Cuál es el apellido de Alonzo?

—Winslow.

—Alonzo Winslow. ¿Y usted es la señora Winslow?

—No —dijo con indignación—. No va a poner mi nombre en el periódico junto a un montón de mentiras.

—No, señora. Solo quiero saber con quién estoy hablando.

—Wanda Sessums. No quiero mi nombre en ningún periódico, solo que escriba la verdad. Ha arruinado su reputación al llamarlo asesino.

«Reputación» era una palabra que disparaba las alarmas cuando se trataba de reparar errores cometidos por un periódico, pero casi me reí al examinar el artículo que había escrito.

—Dije que lo detuvieron por el asesinato, señora Sessums. Eso no es mentira; es cierto.

—Lo detuvieron, pero él no lo hizo. El chico no haría daño a una mosca.

—La policía dice que tiene antecedentes desde los doce años por vender droga. ¿Eso también es mentira?

—Anda por las esquinas, sí, pero eso no significa que haya matado a alguien. Se lo van a endilgar y usted les sigue la corriente con los ojos bien cerrados.

—La policía dijo que confesó que mató a la mujer y metió su cadáver en el maletero.

—Es una mentira de mierda. No hizo eso.

No sabía si se estaba refiriendo al asesinato o a la confesión, pero no importaba: tenía que cortarla. Miré la pantalla y vi que me esperaban seis mensajes de correo electrónico. Todos habían llegado desde que había salido de la oficina de Kramer. Los buitres digitales estaban volando en círculos. Quería terminar con la llamada y pasarle eso y todo lo demás a Angela Cook, cederle a ella el trato con la gente loca y desinformada que llamaba, dejárselo todo.

—Vale, señora Winslow, voy a...

—Es Sessums, ¡se lo he dicho! ¿Ve como se equivoca todo el tiempo?

En eso me había pillado. Me concedí un momento de pausa antes de hablar.

—Lo siento, señora Sessums. He tomado unas notas y lo miraré, y si hay algo de lo que pueda escribir, no le quepa duda de que la llamaré. Entretanto, le deseo suerte y...

—No lo hará.

—¿No haré qué?

—No me llamará.

—Le he dicho que la llamaré si...

—¡Ni siquiera me ha preguntado el número! No le importa. Es tan hijoputa como los demás, y mi chico va a ir a la cárcel por algo que no hizo.

Me colgó y me quedé sentado inmóvil un momento, pensando en lo que había dicho de mí; luego volví a arrojar la sección metropolitana a la pila. Miré la libreta que tenía delante de mi teclado. No había tomado notas y esa mujer supuestamente ignorante también me había pillado en eso.

Me recosté en la silla y estudié el contenido de mi cubículo:

un escritorio, un ordenador, un teléfono y dos estantes llenos de archivos, libretas y periódicos. Y un diccionario encuadernado en cuero rojo tan viejo y usado que el nombre «Webster» se había borrado del lomo. Mi madre me lo había regalado cuando le había dicho que quería ser escritor.

Era lo único que me quedaría después de veinte años en el periodismo. Lo único con algún significado que iba a llevarme al cabo de dos semanas sería ese diccionario.

—Hola, Jack.

Regresé de mi ensueño para levantar la mirada y ver el encantador rostro de Angela Cook. No la conocía, pero había oído hablar de ella: una recién contratada de una facultad de prestigio. Era lo que llamaban una «periodista móvil», por su destreza para informar desde el terreno valiéndose de cualquier medio electrónico. Podía enviar texto y fotos para la web o el periódico, o vídeo y audio para las emisoras de televisión y de radio. Poseía la preparación necesaria para hacerlo todo, pero en la práctica estaba muy verde. Probablemente iban a pagarle quinientos dólares a la semana menos que a mí y, considerando la presente situación económica del periódico, eso le daba más valor desde el punto de vista empresarial. No importaban los artículos que se perderían porque le faltaban fuentes; daba igual cuántas veces la engañarían y manipularían los jefes de la policía, que reconocían una oportunidad en cuanto la veían.

Probablemente tampoco duraría mucho. Conseguiría unos años de experiencia, firmaría unos cuantos artículos decentes y progresaría a cosas mayores, algo relacionado con el derecho o con la política, quizás un trabajo en la tele. Pero Larry Bernard tenía razón: era una belleza de pelo rubio, ojos verdes y labios gruesos. A los polis les encantaría verla en sus comisarías. No tardarían ni una semana en olvidarse de mí.

—Hola, Angela.

—El señor Kramer me ha dicho que viniera.

Estaban actuando deprisa. Me habían dado la rosa hacía menos de quince minutos y mi sustituta ya estaba llamando a la puerta.

—¿Sabes qué? —dije—. Es viernes por la tarde, Angela, y acaban de echarme. Así que no empecemos con esto ahora. Mejor lo dejamos para el lunes por la mañana.

—Sí, claro. Y, eh, lo siento.

—Gracias, Angela, pero no pasa nada. Creo que al final será lo mejor para mí. Pero si estás apenada, puedes venir esta noche al Short Stop y me invitas a una copa.

Angela me sonrió y se avergonzó, porque tanto ella como yo sabíamos que eso no iba a ocurrir. La nueva generación no se mezclaba con la vieja, ni dentro ni fuera de la redacción. Y menos conmigo. Yo era historia y ella no tenía ni tiempo ni interés de relacionarse con las filas de los caídos. Ir al Short Stop esa noche sería como visitar una leprosería.

—Bueno, quizás en otra ocasión —dije con rapidez—. Te veré el lunes, ¿vale?

—El lunes por la mañana. Y yo pagaré el café.

Sonrió, y me di cuenta de que era ella la que debería seguir el consejo de Kramer y probar suerte en televisión.

Se volvió para marcharse.

—Ah, Angela.

—¿Qué?

—No lo llames señor Kramer. Esto es una redacción, no un bufete de abogados. Y la mayoría de los jefes no merecen que los llames señor. Recuerda eso y te irá bien aquí.

Sonrió otra vez y me dejó solo. Acerqué mi silla al ordenador y abrí un documento nuevo. Tenía que poner en marcha un artículo sobre un asesinato antes de poder salir de la redacción e ir a ahogar mis penas en vino tinto.

Pero otros tres periodistas se presentaron a mi velatorio. Larry Bernard y dos tipos de la sección de Deportes que seguramente habrían ido igualmente al Short Stop tanto si estaba yo allí como si no. Si Angela Cook hubiera aparecido me habría resultado embarazoso.

El Short Stop estaba en Sunset Boulevard, en Echo Park. Eso lo dejaba cerca del Dodger Stadium, de modo que cabía presumir que tomaba su nombre de la posición de jugador de béisbol. También se hallaba cerca de la Academia de Policía de Los Ángeles, lo cual lo había convertido en un bar de polis en sus primeros años. Era uno de esos locales que aparecían en las novelas de Joseph Wambaugh, donde iban los polis a estar con los de su propia clase y con aquellos que no los juzgaban. Pero esos días habían pasado hacía mucho: Echo Park estaba cambiando. Estaba llegando la moda de Hollywood y los nuevos profesionales que se mudaron al barrio fueron echando a los polis del Short Stop. Subieron los precios y los maderos encontraron otros garitos. La parafernalia policial todavía colgaba de las paredes, pero cualquier agente que acudiera allí en la actualidad simplemente estaba desinformado.

Aun así, me gustaba el local porque estaba cerca del centro y me pillaba de camino a mi casa de Hollywood.

Era temprano y pudimos escoger sitio en la barra. Elegimos los cuatro taburetes que quedaban delante de la tele; yo, luego Larry y a su lado Shelton y Romano, los dos tipos de Deportes. No los conocía muy bien, así que me convenía que Larry se sentara entre nosotros. Pasaron la mayor parte del tiempo ha-

blando de un rumor según el cual iban a cambiar los destinos de todos los periodistas de Deportes. Tenían la esperanza de que les tocara un trozo del pastel de los Dodgers o de los Lakers; esos eran los puestos más envidiados del periódico, a los que seguían a escasa distancia ocuparse del equipo de fútbol americano de la USC o del de baloncesto de la UCLA. Los dos eran buenos escritores, como debían serlo los periodistas deportivos. El arte de escribir esa clase de noticias siempre me había asombrado. Nueve de cada diez veces el lector ya conoce el resultado de tu artículo antes de leerlo; sabe quién ganó, probablemente incluso vio el partido. Pero lo lee de todas formas y has de encontrar una forma de escribir con una perspectiva y un punto de vista que le dé frescura.

Me gustaba ocuparme de los sucesos policiales, porque normalmente les contaba a los lectores una historia que desconocían. Escribía sobre las cosas malas que pueden ocurrir, la vida in extremis, el submundo que la gente sentada a sus mesas de desayuno con sus tostadas y sus cafés nunca ha experimentado pero quiere conocer. Me daba energía, me hacía sentir como un príncipe en la ciudad cuando conducía hacia casa de noche.

Y sabía cuando me senté allí cortejando una copa de vino tinto barato que eso sería lo que más echaría de menos en el trabajo.

—¿Sabes lo que he oído? —me dijo Larry, con la cabeza apartada de las de los tipos de Deportes para hablar de manera confidencial.

—No, ¿qué?

—Que durante una de las reestructuraciones en Baltimore, un tipo cogió el cheque y en su último día entregó un artículo que resultó ser completamente falso. Se lo inventó todo.

—¿Y lo publicaron?

—Sí, no se enteraron hasta que empezaron a recibir llamadas al día siguiente.

—¿De qué iba el artículo?

—No lo sé, pero fue un enorme corte de mangas a la empresa.

Tomé un sorbo de vino y reflexioné sobre ello.

—No creas —comenté.

—¿Qué quieres decir? Claro que lo fue.

—Me refiero a que lo más seguro es que los directores se sentaran y dijeran: nos hemos deshecho del tipo correcto. Si quieres joderles, has de hacer algo que les haga pensar que la cagaron al dejarte marchar. Algo que les diga que deberían haber elegido a otro.

—Sí. ¿Y eso es lo que tú vas a hacer?

—No, tío, yo me iré tranquilamente. Voy a publicar una novela y esa será mi forma de decirles «que os den». De hecho, ese es el nombre del archivo: «Que te den, Kramer».

—¡Muy bueno!

Bernard rio y cambiamos de tema. Pero mientras hablábamos de otras cosas, yo pensaba en el gran corte de mangas, y en la novela que iba a retomar y terminar por fin. Quería irme a casa y empezar a escribir. Creía que contar con eso cuando saliera del trabajo cada noche quizá me ayudaría a soportar las dos semanas siguientes.

Me sonó el móvil y vi que mi exmujer me llamaba. Sabía que tenía que contestar. Aparté el taburete y me dirigí al aparcamiento para hablar con más tranquilidad.

30

La diferencia horaria con Washington era de tres horas, pero el número de identificación era el de su despacho.

—Keisha, ¿qué estás haciendo aún en el trabajo?

Miré mi reloj. Eran casi las siete en Los Ángeles, casi las diez allí.

—Estoy haciendo el seguimiento de un artículo del *Post*, esperando unas llamadas.

La belleza y la pesadilla de trabajar para un periódico de la Costa Oeste consistía en que la hora de cierre no llegaba hasta al menos tres horas después de que el *Washington Post* y el *New York Times* —los mayores competidores nacionales— se hubieran ido a dormir. Eso significaba que el *L. A. Times* siempre tenía una opción de igualar sus primicias o adelantarse a la noticia. Por la mañana, el *L. A. Times* podía salir con un gran artículo en la cabecera con la última y mejor información. También convertía la edición digital en lectura obligatoria en los pasillos del Gobierno a cinco mil kilómetros de Los Ángeles.

Y como correspondía a una de las periodistas más nuevas en la oficina de Washington, Keisha Russell estaba en el último turno. Con frecuencia le encomendaban hacer el seguimiento

de alguna noticia y buscar los últimos detalles y sucesos.

—Qué horror —dije.

—No es tan malo como lo que he oído que te ha pasado hoy.

Asentí.

—Sí, me han recortado, Keish.

—Lo siento mucho, Jack.

—Sí, lo sé. Todos lo sienten, gracias.

Debería haberme quedado claro que estaba en el punto de mira cuando no me habían enviado a Washington con ella dos años antes, pero eso era otra historia. Se hizo un silencio que traté de interrumpir.

—Voy a rescatar mi novela y a terminarla —dije—. Tengo unos ahorros y supongo que podré pedir un préstamo hipotecario sobre la casa. Creo que puedo pasar al menos un año. Supongo que es ahora o nunca.

—Sí —respondió Keisha con fingido entusiasmo—, puedes hacerlo.

Sabía que un día, cuando todavía vivíamos juntos, ella encontró y leyó el manuscrito, aunque nunca lo había admitido porque habría tenido que darme su opinión. No habría podido mentirme en eso.

—¿Vas a quedarte en Los Ángeles? —inquirió.

Era una buena pregunta. La novela estaba ambientada en Colorado, donde me había criado, pero me gustaba la energía de Los Ángeles y no quería marcharme.

—Todavía no lo he pensado. No quiero vender mi casa; el mercado sigue por los suelos y prefiero hipotecarla y quedarme. El caso es que todavía tengo que pensar mucho. Ahora mismo estoy celebrando el final.

—¿Estás en el Red Wind?

—No, en el Short Stop.

—¿Quién hay ahí?

Me sentí humillado.

—Um, ya sabes, los de siempre. Larry, unos tipos de Metropolitano, unos cuantos de Deportes.

Keisha tardó una fracción de segundo en decir algo y en esa vacilación delató que sabía que yo estaba exagerando o directamente mintiendo.

—¿Lo vas a llevar bien, Jack?

—Sí, claro. Es que... He de entender qué...

—Jack, lo siento, tengo una llamada.

Su voz sonó apremiante. Si se perdía la llamada, podría no recibir otra.

—¡Contesta! —dije deprisa—. Te llamaré luego.

Cerré el teléfono, agradecido de que algún político de Washington me hubiera salvado de un mayor sonrojo al discutir mi vida con mi exmujer, cuya carrera iba ascendiendo día a día mientras que la mía se hundía como el sol sobre el paisaje brumoso de Hollywood. Al volver a guardarme el móvil en el bolsillo, me pregunté si no se habría inventado lo de la llamada para terminar ella misma con mi bochorno.

Volví al bar y decidí ir en serio: pedí un coche bomba irlandés. Me lo tragué deprisa y el Jameson me quemó como aceite hirviendo en la garganta. Me puse taciturno viendo el principio del partido de los Dodgers contra los odiados Giants y cómo nos machacaban en la primera entrada.

Romano y Shelton fueron los primeros en marcharse y luego, en la tercera entrada, hasta Larry Bernard había bebido bastante y había reflexionado más que suficiente sobre el sombrío futuro de la industria periodística. Se bajó del taburete y me puso una mano en el hombro.

—Podría haber sido yo —dijo.

—¿Qué?

—Podría haberme tocado a mí, podría haberle tocado a cualquiera de la redacción, pero te eligieron a ti porque eres el que se lleva más pasta. Llegaste hace siete años, el señor Best-seller entrevistado en *Larry King* y tal y cual. Te pagaron de más por contratarte entonces y ahora te han elegido. Me sorprende que hayas durado tanto, si quieres que te diga la verdad.

—Da igual, eso no me hace sentir mejor.

—Lo sé, pero tenía que decírtelo. Ahora he de irme. ¿Vas a casa?

—Voy a tomarme la última.

—No, tío, ya tienes bastante.

—Una más. No pasa nada, si no ya cogeré un taxi.

—Que no te hagan soplar, tío. Es lo último que te falta.

—Sí, ¿qué me van a hacer? ¿Despedirme?

Asintió como si yo hubiera hecho una intervención impresionante, luego me dio una palmadita en la espalda, un poco demasiado fuerte, y se alejó de la barra. Me quedé sentado solo, mirando el partido. En la siguiente copa pasé de la Guinness y el Bailey's y fui directamente al whisky con hielo. Me tomé dos o tres más en lugar de solo uno. Y pensé que ese no era el final de mi carrera que había previsto. Creía que a esas alturas estaría escribiendo larguísimos reportajes para *Esquire* y *Vanity Fair*. Que me vendrían a buscar en lugar de tener que acudir yo a ellos. Que podría elegir lo que quería escribir.

Pedí uno más y el camarero hizo un trato conmigo: solo echaría más whisky en mis cubitos de hielo si le daba las llaves del coche. Me pareció un trato justo, y lo acepté.

Con el whisky quemándome desde debajo del cuero cabelludo pensé en lo que me había contado Larry Bernard sobre el tipo de Baltimore y su corte de mangas definitivo. Creo que asentí para mis adentros un par de veces y levanté el vaso para brindar por el periodista sin futuro que lo había hecho.

Y entonces otra idea me quemó el cerebro y dejó su impronta en él. Una variación del «que os den» de Baltimore: una alternativa con cierta integridad y tan indeleble como el nombre grabado en un trofeo de cristal. Con el codo en la barra, alcé de nuevo el vaso. Pero esta vez lo hice por mí.

—La muerte es lo mío.

Palabras pronunciadas antes, pero no como mi propio panegírico. Asentí para mis adentros y supe exactamente lo que iba a hacer. Había escrito al menos mil artículos sobre homicidios a lo largo de mi carrera. Iba a escribir uno más. Un artículo que quedaría como mi epitafio periodístico, que haría que me recordaran después de mi marcha.